

litario, y rodeado de tallares muy espesos. Sin embargo parecia no haber peligro inminente que temer de parte de los Indios; atendido que se contaba con la proteccion de un cuerpo de tropas considerable, puesto en campaña para defender las fronteras, y acampado ó que debia estarlo, entre el lugarcillo y el pais ocupado por los enemigos. Pero se trataba con un hombre á quien el demonio mismo habia inspirado su astucia y barbarie.

— Era un domingo por la mañana, y estábamos en la casa del Señor para orar todos juntos. Nuestro templo estaba groseramente construido de troncos de árboles; pero nunca las voces de los chantres asalariados, y la armonía que sale de los tubos de cobre y estaño, en la mas rica catedral, no se levantaran al cielo con tanta dulzura, como los salmos en que nuestros corazones se reunian á nuestras voces. Un hombre virtuoso, largo tiempo compañero mio de peregrinacion, que ahora descansa en el seno del Señor, Nehemia Solsgrace, acababa de comenzar la oracion, cuando una muger con los cabellos sueltos, los ojos espantados, y los

vestidos desaliñados, se precipitó en la capilla repitiendo á grandes gritos: — ¡ Los salvages! ¡ Los salvages!

— En este pais nadie se atrevia á dejar sus instrumentos de defensa. En la ciudad ó en el campo, en las tierras labradas ó en la selva, cada uno tiene sus armas junto á sí, como los Judios cuando volvieron á edificar el templo. Salimos pues de la casa del Señor con nuestros fusiles y picas, y oimos los ahullidos de aquellos demonios encarnados, que dueños ya de una parte del pueblo, ejercian su crueldad en el corto número de los que por un motivo grande ó por enfermedad, no habian podido venir á tomar parte en el culto público. Advirtiósese tambien, como un juicio de Dios, que en este dia de sabado marcado con la sangre, Adriano Hanson, Holandés, quien, segun los hombres era irreprochable, pero cuyo espiritu estaba muy ocupado con los negocios de este mundo, fué muerto y le arrancaron la cabellera * en

* Quitar los tegumentos del cráneo, que los Indios se llevaban como trofeos. — Ed.

su tienda, en tanto que contaba la ganancia de la semana.

Cuando llegamos, los Indios habian hecho ya mucho mal. Nuestro ataque los hizo retirar al principio; pero habiamos sido sorprendidos, estábamos sin gefe, combatiamos sin orden, todo, por último, era confusion entre nosotros, y estos malditos que no cesaban de tirar tuvieron alguna ventaja. No se podian oír sin estremecerse los gritos de las mugeres y los niños en medio de los tiros de fusil, el silbido de las balas y los rugidos feroces llamados por aquellos salvages grito de guerra. Pegaron fuego á muchas casas de las orillas del pueblo, y el ruido de las llamas con el chasquido de las maderas abrasadas aumentaban el horror, en tanto que el humo, impelido por el viento hácia nosotros, concedia mas ventajas á nuestros enemigos, que combatian, por decirlo así, invisibles y á cubierto, al paso que sus tiros bien dirigidos aclaraban nuestras filas. En este momento cruel, cuando íbamos á tomar el partido desesperado de salir del pueblo, de poner al centro las mugeres y los

niños, y de retirarnos á las habitaciones mas próximas, quiso el Cielo enviarnos un socorro inesperado. Presentóse de pronto entre nosotros un hombre de gran talla, exterior respetable, á quien ninguno de nosotros habia visto nunca, y cuando discutiamos á toda prisa la proposicion de tocar la retirada. Estaba vestido de piel de alce, y sus armas eran un fusil y un sable. Jamas ví nada de mas augusto que sus facciones adornadas con los cabellos blancos que se juntaban con una barba larga del mismo color.

— Amigos y hermanos, exclamó él con aquel tono de voz que infunde confianza en los que huyen, ¿por qué abatis vuestros corazones y desesperais? ¿Recelais que el Dios á quien servimos sea capaz de abandonaros al furor de estos paganos? Seguidme, ¡y vereis que hoy se deja ver un capitán en Israel!

Dió en pocas palabras algunas órdenes precisas y claras al estilo del habituado á mandar; y fué tal la influencia de sus discursos, de exterior imponente y serenidad, que le obedecieron implicitamente gentes que hasta enton-

ces no le habian visto. Dividimonos, según su orden, á toda prisa en dos cuerpos; el uno continuó defendiendo la poblacion con mas valor que nunca, convencido de que Dios habia enviado á este forastero en nuestro socorro; y con arreglo á sus instrucciones, tomó él la mejor posicion y la mas al abrigo para hacer contra los Indios un fuego destructor; en tanto que, cubierto con el humo el extrangero, salió despues del lugar á la cabeza de la segunda division, y habiendo hecho un círculo, atacó á los guerreros indios por la espalda.

Este ataque imprevisto produjo en los salvajes el efecto acostumbrado. Se Hegaron á convencer de que se hallaban atacados por los habitantes del pueblo en su frente y á la espalda por un cuerpo de tropas venidas de la Nueva-Inglaterra. Huyeron sin orden aquellos paganos, abandonaron la parte del pueblo, de que casi eran ya dueños, y dejaron tantos muertos tendidos en el campo de batalla, que nunca volvió á levantar cabeza esta casta.

Nunca se me olvidará el exterior, las facciones y el semblante de nuestro venerable

gefe, cuando nuestros hombres, y no solo los hombres, sino sus mugeres é hijos, á quienes habia salvado del tomahawk * y del cuchillo de arancar cabelleras, se agolparon de pie alrededor de él, sin osar apenas acercársele, y mas inclinados tal vez á honrarle como un angel descendido del Cielo, que á darle gracias como á un mortal igual á ellos.

— Atribúyase la gloria no á mí, sino al que se le debe, dijo él; yo no soy mas que un instrumento tan fragil como vosotros mismos en la mano del que es el fuerte y el libertador. Dadme un vaso de agua para refrescar las fauces secas, antes de presentar la ofrenda de gratitud á quien se le debe.

— Yo era el mas próximo á él cuando hablabá, y yo fui quien le presenté el agua que pedía. Mirámonos entonces, y me pareció ver en él á un noble amigo creído por mí tiempo habia, en el seno de la gloria; mas él no me dió

* Hacha de los salvajes: esta es de dos clases, el tomahawk con pipa, y tomahawk sin pipa. Vease sobre esta palabra una nota de los Mohicanos.— Ed.

tiempo de hablarle, si hubiera sido prudente hacerlo. Arrodillándose él mismo, y haciéndonos señal para imitarle, pronunció una oracion fervorosa en accion de gracias por el éxito del combate, con una voz clara y sonora, como la de una trompeta de guerra, y que hizo estremecer hasta los huesos á cuantos le oian. He oido en mi vida muchas oraciones devotas, y ¡ojalá que yo hubiera recibido del Cielo el favor de aprovecharme de ellas! pero otra igual á la suya pronunciada entre muertos y moribundos, con el acento animado por el triunfo y humillado por la adoracion, era superior á todas. Era el cántico de la profetisa inspirada bajo la palma que hay entre Ramah y Bethel. Acabó por fin de hablar, y nos quedamos por algunos minutos el rostro inclinado hácia la tierra sin atrevernos á mirarle. Levantamos luego la cabeza para ver á nuestro libertador; pero ya no estaba con nosotros, y jamas se le volvió á ver en el pueblo que habia salvado.

Habia Bridgenorth usado en el detalle de esta historia tal elocuencia y viveza que contrastaban con la sequedad habitual de su con-

versacion; guardó silencio un poco antes de tomar otra vez la palabra.

— Ya ves, joven, dijo él entonces, que los hombres dotados por el Cielo de valor y talento son llamados al mando, cuando el bien de un país lo requiere, aun cuando nada se sepa de su existencia misma en el pueblo para cuya salvacion están destinados.

— ¿Pero, qué se pensó de ese misterioso extranjero? preguntó Julian quien habia escuchado con la mayor atencion posible una historia tan propia para excitar el interés de un joven fogoso y de valor.

— Muchas cosas, respondió Bridgenorth, y que con arreglo á los tiempos eran poco importantes. La opinion mas general fué que este extranjero era realmente sobrenatural, aunque él dijese lo contrario. Otros le miraron como un campeón inspirado, trasportado desde algun clima distante, para mostrarnos el camino de salud; otros, en fin, vieron en él un solitario á quien motivos piadosos ú otras razones poderosas le habian conducido á sepul-

tarse en el desierto, y huir de la vista de los hombres.

—Y, siéndome permitido preguntar, ¿cual de estas opiniones estaba vm. dispuesto á seguir?

—La última se acordaba mejor con lo que al primer golpe de vista advertí yo en sus facciones, pues, aunque no dudo pueda ser grato á Dios resucitar de las tumbas, en grandes ocasiones, un defensor de la patria, me convenci, como lo estoy ahora, de que yo veia un ser viviente, un sugeto que tenia motivos grandes para ocultarse en las entrañas de una roca.

—¿Son secretos esos motivos?

—No absolutamente, porque no temo abusos de la confianza que te dispense en esta conversacion; y ademas porque si tú fueras capaz de tal bajeza, está la presa demasiado lejos para que puedan los cazadores seguirla por la huella. Pero resonará mal el nombre del digno hombre, á causa de una accion de su vida, por la parte que tuvo en la medida que hizo temblar á los habitantes de las islas mas remotas de la tierra. ¿No has oido hablar nunca de Ricardo Whalley?

—¿De Ricardo Whalley, el regicida? exclamó Peveril horrorizado.

—Llámele vm. como guste, respondió Bridgenorth; no fué menos el salvador de este desgraciado lugar, aunque se haya sentado con los otros genios emprendedores del siglo en el banco de los jueces cuando fué acusado Carlos Estuardo en la barra, y aunque suscribió á la sentencia de condenacion que contra él se dió.

—He oido siempre decir, replicó Julian con voz alterada y todo encarnado, que vm., mayor Bridgenorth, y los otros presbiterianos estaban enteramente opuestos á este detestable crimen, y que se hallaban dispuestos á unirse con los Caballeros, para impedir tan espantoso parricidio.

—Si hubiese sido eso cierto, su sucesor nos hubiera recompensado ricamente.

—¡Recompensado! la distincion entre el bien y el mal, y la obligacion que se nos ha impuesto de hacer el uno y evitar el otro, ¿dependen pues de la recompensa que á nuestras acciones pueda concederse?

— ¡No lo permita Dios! y sin embargo, al ver todos los males que ha causado á la Iglesia y Estado esta casa de Estuardo, y la tiranía que ejerce sobre las personas y conciencias, es bien permitido dudar que sea un crimen tomar las armas para defenderla. Vm. no me oye, con todo, ni elojiar ni dar por justa la muerte del rey, aunque sin duda la hubiese merecido faltando al juramento que prestó como príncipe y magistrado. Digo únicamente lo que vm. deseaba saber, que Ricardo Whalley, uno de los jueces del difunto rey, era el hombre de quien acabo de hablar. Conoci su frente levantada, aunque la mano del tiempo la hubiese despojado de su adorno. Sus ojos conservaban todo el fuego que tenían sus miradas; y su gran barba blanca no me impidió reconocerle. Los podencos sedientos de su sangre le daban caza por la huella; pero gracias al auxilio de los amigos, encargados por el Cielo de velar en su conservacion, quedó cuidadosamente escondido, y no se mostró sino por obedecer á las órdenes de la Providencia el dia de aquel combate. Acaso resonaria otra vez su voz en el

campo de batalla, si tuviera la Inglaterra necesidad de uno de sus mas nobles corazones.

— A mí me toca decir ahora: ¡No lo permita Dios! exclamó Julian.

— ¡Amen! repuso Bridgenorth; ¡permita Dios, por su bondad, alejar de nosotros la guerra civil, y perdonar á los que, por su delirio, podrían excitarla!

Hubo entonces una larga pausa, mientras la cual Peveril, que apenas habia mirado á Adelaida durante esta conversacion, la echó una mirada, y le penetró el exterior de profunda melancolía que oscurecia las facciones cuya expresion natural era la jovialidad, sino la alegría. Cuando Adelaida lo advirtió, hizo notar á Julian de un modo expresivo, segun le pareció, que se aumentaban las sombras, y que se acercaba la noche.

Comprendióle el pensamiento, y aunque convencido de que ella intentaba hacerle conocer que ya era tiempo de pensar en retirarse, no pudo lograr por el pronto toda la resolucion que necesitaba para deshacer el encanto que le detenia. El lenguaje de Bridgenorth era no

solamente nuevo para él, sino que le pareció aun alarmante por tan contrario á los principios en que se le habia educado. En cualquier otra ocasion, como hijo de sir Geoffrey Peveril del Pico, se hubiera creído precisado á combatir las conclusiones aun con la punta de la espada. Pero Bridgenorth manifestaba sus opiniones con tanta calma, y tanto parecian ser el resultado de su conviccion, que excitaban en Julian mas bien admiracion que el deseo de controversia. Tenia todo lo que decia un aspecto de decision tranquila y apacible melancolia, que le hubiera sido difícil á Julian el ofenderse por ello, aun cuando no hubiera visto en él al padre de Adelaida; y acaso ignoraba cuanto influia en él esta circunstancia. Sus discursos y sentimientos indicaban aquella resolucion sosegada, que hace casi imposible el hacer de ellos un asunto de discusion ó disputa, aunque sea tambien difícil adoptar las consecuencias.

— En tanto que Peveril se quedaba sentado en la silla donde parecia fijado por el efecto de un talisman, tan sorprendido tambien al

verse en tal compañía, como por las opiniones emitidas poco antes, le recordó la circunstancia de haber trascúrrido ya el tiempo que podia pasar regularmente en Blackfort. Fairy, yegüecita de la isla, que, acostumbrada á las cercanías de esta casa, pacia en una pradera vecina, cuando su amo estaba de visita, comenzaba ya á creer que se detenía demasiado. Era un presente que habia hecho á Julian la condesa, siendo todavía muy niño, y era de una casta de caballos de montaña, fogosa, infatigable, notable por su larga vida, y dotada de una sagacidad comparable á la del perro. Fairy dió una prueba de esta última calidad por el medio que adoptó para expresar su impaciencia; tal parecia ser al menos la significacion del relincho prolongado que dió, y que asustó á las dos damas que estaban en el cuarto, pero un momento despues no pudieron dejar de reirse, viendo á Fairy que asomaba la cabeza á la puerta.

— Fairy me recuerda, dijo Julian mirando á Adelaida y levantándose, que ha llegado el término de mi vista.

— Tengo aun algo que decir á vm., repuso Bridgenorth llevándole al quicio de una ventana gótica del cuarto, y bajando la voz para que no le oyese Adelaida ni su aya, quienes se ocupaban en dar pedazos de pan á la yegua y en acariciarla. — Todavía no me ha dicho vm., añadió él, á qué ha venido aquí. Calló por un instante gustando de verle turbado. — Es verdad, añadió él que no era necesario me lo dijera vm. No se me han olvidado todavía mucho los dias de mi juventud ni de aquellos vinculos que unen demasiado la debil y pobre naturaleza humana á las cosas de este mundo. ¿No hallará vm. expresiones con que pedirme le concediera el don que de mi parte desea, don tal vez cuya posesion no dudaria vm. asegurarse sin que yo lo supiera y contra mi voluntad? No trate vm. de justificarse y oígame. El patriarca compró á la que amaba por catorce años de servicios que hizo á Laban, padre de Raquel, y este tiempo no le pareció mas que algunos dias. El que quiera lograr á mi hija no tiene mas que servirme comparativamente algunos dias, pero en un negocio de tal impor-

tancia que le parecerán años. No me responda vm. por ahora, ¡y que Dios le acompañe!

Retiróse tan pronto luego que hubo dicho esto, que Peveril no tuvo tiempo de responderle; miró por el cuarto y ya no estaban allí Adelaida ni Debora. Fijó la vista en el retrato de Christian, y se le figuró ver sus facciones animadas con una sonrisa de triunfo y orgullo. Sobresaltóse, y le miró con mayor atencion. Era todo esto el efecto de un rayo de sol poniente que daba en el retrato. Cesó el efecto y nó se percibió mas que el rostro fijo y grave del guerrero republicano.

Salió Julian del aposento como quien va durmiendo y andando. Montó en Fairy, y agitado con mil pensamientos contrarios, volvió al castillo de Rushin donde llegó antes de anocheecer. Hallólo todo en movimiento. Segun algunas noticias que se habian recibido, ó alguna resolucion tomada en su ausencia, se habian retirado la condesa y su hijo con la mayor parte de su servidumbre al castillo de Holm-Peel mejor fortificado aun. Este castillo situado dis-

tante casi ocho millas en la misma isla, estaba en peor estado que el de Castletown, residencia menos agradable. Pero Holm-Peel era mas fuerte y no se podia tomar sin un sitio formal. Habia siempre en este castillo una guarnicion á sueldo de los soberanos de Man. Llegó á él Peveril á la caída del dia, y le dijeron en el lugar, habitado por pescadores, que habian tocado á recoger antes de lo acostumbrado, y que se montaba en él la guardia con precauciones extraordinarias que indicaban alguna inquietud.

Por no incomodar á la guarnicion entrando tan tarde, tomó en el pueblo el primer alojamiento que halló, para pasar la noche, y resolvió entrar en el castillo por la mañana temprano. No estaba disgustado por tener asi algunas horas en que hallarse solo, para reflexionar sobre los acontecimientos que le habian agitado el dia precedente.

CAPITULO V.

Lo que parecia su cabeza
Por sombra de una corona*
Al parecer se tenia.

MILTON, *el Paraiso perdido*

Sodor ó Holm-Peel, porque tales son los

* Es la imagen sublime de Milton:

*What seem'd its head
The likeness of a kingly crown had on.*

Deille dijo:

Una sombra de corona adorna su altiva frente.

Este verso de Deille, no da mas que la mitad de la idea. Todo es fantástico en la imagen de Milton, tanto la cabeza co-